

abandonando su puesto y yendo á confundirse con los rebeldes.

No podia elegir Colon un negociador más á propósito que Miguel Ballester para que llevase á buen fin sus deseos.

Envióle órdenes terminantes, anunciándole desde luego que Roldan con los suyos se acercaba á la Concepcion.

Le encargó que saliera á su encuentro, que se celebrara una entrevista con él, que le ofreciese completo olvido de su conducta, y el perdon para él y los suyos con tal de que se sometiese al cumplimiento de sus deberes, y fuese á Santo Domingo en la seguridad de que seria respetada su vida y la de sus compañeros.

Por si la palabra del anciano no bastaba, le autorizó para que escribiese esta promesa, y además le manifestó, que aunque parecieran debilidad de su parte y humillacion aquellas seguridades que daba á los rebeldes, estaba resuelto á formularlas por escrito y á autorizarlas con su firma.

Para que entrasen por buen camino prefirió oscurecer su gloria á manchar los campos de la virgen América con la sangre de los españoles, derramada por sus mismos hermanos.

Miguel Ballester aceptó con entusiasmo esta mision.

¿Qué mayor gloria podia esperar que el obtener toda la confianza del almirante, que el conseguir la pacificacion de la isla, y reunir los esfuerzos de to-

dos para evitar aquellas disensiones, cuyos resultados no podian dejar de ser funestos para todos los españoles?

A fin de no dar que sospechar á Roldan, despues de dar sus órdenes, sin compañía alguna, sin armas, salió al encuentro de los rebeldes y los halló á poca distancia del fuerte, en medio de las llanuras del Bonao.

Uno de los rebeldes más importantes, don Pedro Riquelme, habia adquirido en aquella parte de la isla grandes terrenos, que cultivaba con beneplácito del almirante.

Pero por la misma razon de que era poseedor de aquella parte del territorio, no se avenia á respetar la autoridad del almirante ni la de su hermano, y desde el principio habia sido uno de los agentes más eficaces y más activos de la insurreccion.

En una casa que habia construido en medio de sus posesiones fijaron los rebeldes su cuartel general, y hasta allí llegó Ballester para tratar con él.

Poco antes que él, llegó uno de los rebeldes, que capitaneaba á varios rufianes, y que se llamaba Andrés de Mogica.

Roldan habia manifestado deseos á Carvajal de someterse á la autoridad del almirante.

Pero cuando se acercó á Riquelme, éste le desoyó, manifestándole que no debía dar crédito á las promesas del almirante, el cual, aunque tuviese buena intencion, dominado por Bartolomé, haria un ejem-

plar castigo con ellos, y vengaría los ultrajes que habia sufrido su hermano.

—Somos bastantes numerosos,—le dijo,—para hacernos independientes.

Quando llegó Mogica y manifestó á sus dos compañeros que no contaba Colon con todos los habitantes de Santo Domingo y de la Isabela, y que la mayor parte de ellos, al ver que habian llegado pocos viveres, y muchos de los soldados que se habian unido á los rebeldes estaban decididos á hacer causa comun con ellos, se convenció Roldan de que no le convenia entregarse, y en esta actitud estaba cuando se presentó Miguel Ballester, y llamando á Roldan, le pidió una entrevista.

No quiso el jefe de los rebeldes ir solo á ella, porque el capitán de la fortaleza de la Concepcion le inspiraba gran respeto, y temia que su influencia debilitase sus intenciones.

Rogó á Riquelme y á Mogica que le acompañasen, y los tres se presentaron á Ballester.

—Vengo,—les dijo,—en nombre del almirante á ofreceros la paz. No es su debilidad, no es su falta de energía lo que le mueve á pactar con vosotros. Hombres tiene á su lado, y yo soy uno de ellos, dispuestos á derramar hasta su última gota de sangre en su defensa. Pero la idea de una lucha entre españoles en país extranjero le horroriza, y me ha encargado que venga á proponeros el completo perdon de vuestras culpas, el olvido de vuestros actos sediciosos, si os sometéis como las demás españoles á su legítima

autoridad, y en vez de quebrantar sus fuerzas para realizar los designios de los soberanos, contribuíis á llevar á cabo su obra y desistís de vuestros propósitos.

—No ha podido enviar el almirante un emisario que más condiciones tenga para influir sobre nosotros que vos. No hay en toda la isla quien no reconozca vuestro valor, quien no respete en vuestras canas, una vida honrada y sin mancha alguna, y nosotros, que aunque parecemos rebeldes y poderosos, creemos ser representantes de la verdad y de la justicia, somos los primeros en reconocer y acatar. Bien sabéis, y sabrán los soberanos á su tiempo, que si hemos tomado esta actitud hostil, ha sido para poner un correctivo á los abusos de autoridad del adelantado. Si el almirante no hubiese partido de nuestro lado, si no hubiese permanecido ausente, no nos hubiéramos visto en la triste necesidad de rebelarnos. No es, pues, contra él contra quien esgrimiremos nuestras armas. Dispuesto estoy, dispuestos están mis compañeros, á acatar su voluntad; pero es preciso para ello que acceda á nuestras peticiones. En los momentos en que me sublevé, desempeñaba yo las funciones de alcalde mayor de la colonia. Autorizado con este cargo, ofrecí á algunos de los indios de la Vega perdonarles el tributo que pagaban en cambio de los servicios que nos prestaban; el adelantado se ha apoderado de ellos; yacen en gran número en las prisiones de Santo Domingo y de la Isabela, ó mueren sofocados en los buques, y sufren toda clase de enfermedades. No se que-

jan de don Bartolomé, se quejan de mí; creen que les he engañado, y cumple á mi decoro que se les dé una pronta satisfaccion, que se les conceda la libertad, que se les exima del pago del tributo, que no se les condene á la esclavitud; y cuando esto suceda, veré en estas satisfacciones el deseo de paz, y accederé á las proposiciones del almirante.

—No tengo yo instrucciones,—contestó Ballester,—para poderos ofrecer lo que pedís. Pero puesto que reconocéis rectitud y justicia en el almirante, acatad primero su autoridad, y no dudeis, que si vuestra peticion es justa, será satisfecha.

—No es bastante eso para que yo resuelva acceder á los deseos de Colon. Decidle que mientras no satisfaga mis justas reclamaciones permaneceré en rebeldía, y advertidle, porque puede interesarle, que tengo en mis manos los medios de desacreditarle á los ojos de los reyes; que no se envalentone por que ha logrado reconquistar su favor en su último viaje; que piense que su resistencia es insegura, y que un soplo puede destruirla, obligándole á caer desde su altura en el abismo del olvido y del desprecio.

No quiso oír más Ballester.

Dispúsose á partir, y Riquelme, tomando la palabra, dijo:

—Añadid á todo lo que habeis oido que no estamos dispuestos á negociar con otro agente más que con Carvajal. El ha estado con nosotros en Xaragua, él sabe nuestras intenciones, él nos ha demostrado una imparcialidad y una equidad que no reconoce-

mos en ningun otro. Si el almirante quiere entrar en negociaciones formales, que le acredite cerca de nosotros para redactar las bases de nuestra reconciliacion.

Ballester, indignado; partió á dar cuenta al almirante del mal éxito de su negociacion.